

en Madrid en marzo de 1939. No aparece, sin embargo, una semblanza de otros hombres, como los grandes guerrilleros, que pertenecieron en su casi totalidad al Arma de Caballería, aunque su incorporación a la misma se realizara por vías extraordinarias. Parece oportuno destacar también el interés que ofrecen las páginas de un *Glosario*, al que puede considerarse de gran utilidad, especialmente para los que no estén familiarizados con términos propios de la Caballería tradicional.

Las *Fuentes Documentales* a que han accedido los autores, son ricas y varias. Cabe destacar, entre ellas, los fondos utilizados en el Archivo Histórico Militar y en el Histórico Nacional, a los que se han unido los de importantes archivos municipales y particulares y la utilización de fuentes impresas necesarias, como Reglamentos y sucesivas Organizaciones. La *Bibliografía* que se ha tenido en cuenta es muy abundante. En el texto de la obra, sin embargo, no son frecuentes las citas explícitas, y las *Notas*, insertas al final, son, generalmente, aclaratorias de un término o de un pasaje, lo que ha obedecido, probablemente, al deseo de hacer fluida la exposición del trabajo.

La riqueza de las *ilustraciones* a lo largo de todo el volumen está muy por encima de lo común. No se han escatimado reproducciones en color de cuadros, planos, mapas, uniformes, armas..., que se completan, en las últimas páginas, con un apéndice documental en facsímil. La edición de la obra, realizada con gran calidad y hasta con mimo, parece simbolizar al amor puesto en el trabajo.

Mateo Martínez
(Universidad de Valladolid)

ELIZABETH ROUDINESCO, *FEMINISMO Y REVOLUCIÓN. THÉROIGNE DE MÉRICOURT*, Barcelona, Editorial Crítica, 1991 (274 pp.).

Algo más de doscientos años después de los hechos revolucionarios franceses, la polémica historiográfica continúa sobre los diferentes aspectos de aquellos lejanos acontecimientos. La celebración del bicentenario ha servido para repensar una vez más las causas, el desarrollo y el desenlace de la Revolución de 1789, y la profusión de congresos, mesas redondas o libros publicados sobre dicha cuestión constituye la mejor prueba de ello. Si a esta circunstancia unimos la recuperación de la biografía como género histórico de relevancia, después de años en los que el predominio de los estudios sobre las «mentalidades colectivas» había dejado de lado a aquélla, como algo superado por las nuevas metodologías y vinculado como tal a un pensamiento elitista, la obra de Roudinesco no adolece precisamente de atractivo.

La autora, psicoanalista interesada por el quehacer histórico como lo demuestra su colaboración en la sobradamente conocida *Histoire de la psychanalyse en France*, acomete el análisis de una peculiar figura de la revolución, Théroigne de Méricourt, seudónimo propalado por la prensa realista de Anne-Josèphe Terwagne, mujer tan elogiada como denostada en su corta vida de actuación política. Había

nacido el mismo año de la publicación del *Emilio* de Rousseau, 1762, en un pueblo de las Ardenas belgas, y en 1794, con sólo 32 años fue declarada loca, muriendo en el internado de la Salpêtrière en 1817. No perteneció Théroigne al rol que incluye las mujeres más célebres del proceso revolucionario como María Antonieta, Mme. Roland o Carlota Corday, pero no por ello fue su importancia menos decisiva en la lucha por la igualdad de derechos entre ambos sexos, impuesta tardíamente también en Francia.

Su espíritu inquieto la condujo desde la temprana adolescencia y juventud por Londres, París o Italia hasta que en mayo de 1789 se instaló en Versalles. Fundadora con Gilbert Romme de una agrupación patriótica radical, la «Sociedad de Amigos de la Ley», entabló estrechas relaciones con Camille Desmoulins, Pétion, su siempre admirado Sieyès y ya desde este momento fue blanco de furiosas diatribas por parte de los monárquicos que la convirtieron en un ser libertino, salvaje, sediento de sangre... Participó activamente en los *Estados Generales*; fue acusada de espionaje cuando se hallaba en Austria; secuestrada incluso por unos aristócratas franceses, pudo finalmente librarse del encierro por la intervención del propio Emperador Leopoldo.

En enero de 1792 encontramos nuevamente a Théroigne en París, en un momento en que algo esencial había cambiado en la Revolución. La fase de la Asamblea Constituyente, cuando parecía que el triunfo de la ensalzada *Razón* estaba consolidándose, había dejado paso a una fratricida lucha de facciones entre los que hasta entonces parecían unidos: jacobinos, brissontinos, robespierristas y un largo etcétera de grupos se enfrentan entre sí con una virulencia que hace temer incluso la guerra civil. El ambiente es poco propicio para la reflexión, y la ardanesa se ve influida por las transformaciones operadas. La encontramos en una desahogada actividad, reclamando desde la tribuna del «Club de los Jacobinos» la creación de legiones de amazonas para luchar contra los reaccionarios de los Países Bajos (nunca fue la sesuda teórica del primer feminismo francés hasta 1792) y en los preparativos y la toma de las Tullerías, aunque posteriormente se aliara con los girondinos. Era -y sería- para muchos una figura idealizada del feminismo moderno. Baste recordar los poemas que Baudelaire, o los capítulos que Michelet le dedicaron.

Poco después vino el inicio del *Terror* (el primero de abril de 1794), y transcurridos unos meses desde la ejecución de Robespierre, su frenética trayectoria vital iba a correr un camino paralelo a los dramáticos sucesos, y el 20 de septiembre del mismo año era reconocida oficialmente como loca. Comenzaba así la *otra historia* de Théroigne, una historia de delirios e internamientos en la que curiosamente iba a servir de modelo de estudio para la nueva psiquiatría que a partir de Pinel se estaba desarrollando en el país galo. Fue el dilecto discípulo de éste, Esquirol, quien en un informe de 1820, aunque publicado dieciocho años más tarde, diagnosticaba «melancolía» a la fallecida, término mucho más poético que el de esquizofrenia o psicosis manícodepresiva utilizado hoy en día. Su caso clínico fue estudiado por galenos posteriores como ejemplo sobresaliente del mal. Como comenta Roudinesco «durante veintitrés años (el tiempo que duró su alienación), Théroigne de Méricourt habrá

llevado, pues, duelo por la Revolución. Su muerte en plena Restauración la remite a su destino de mujer melancólica, donde nada puede llenar el vacío dejado por la pérdida irremediable del objeto ideal» (pág. 165).

En definitiva, una historia de Théroigne, tanto en su vertiente de activa revolucionaria como en la de enferma mental, que atrajo a historiadores de la talla de Lamartine, Louis Blanc o Michelet y que continúa suscitando el interés que su figura merece. La autora se ha servido de un importante número de documentos de primera mano en los archivos nacionales de París o en el de Estado de Viena, así como de las fuentes impresas y bibliografía sobre la cuestión, depositadas en la Biblioteca Nacional francesa o en el Museo del Hombre, dando a la imprenta un libro no sólo riguroso, sino ameno y agradable para el lector, quien podrá apreciar la dificultad del historiador para separar mito y realidad, tan unidos en personajes con características como las de Théroigne.

Ricardo M. Martín de la Guardia
(Universidad de Valladolid)

WERNER MASER, *HELMUT KOHL, EL REUNIFICADOR*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991 (397 pp.).

Sin lugar a dudas, Helmut Kohl pasará a la historia como el «Canciller de la Reunificación», el hombre que hizo posible la unión de la Alemania escindida por acuerdo de las potencias vencedoras después de la II Guerra Mundial. La trayectoria vital de este protagonista de uno de los hechos más memorables de la historia europea posterior a 1945 está profundamente vinculada a la actuación política de la democracia cristiana alemana, cuando menos desde la lejana fecha de 1949. Entonces, y después de una intensa campaña electoral en la que el joven Helmut, estudiante de secundaria, ayudó en el esfuerzo propagandístico a la CDU, Adenauer iba a formar su primer gobierno. No obstante, ya desde 1946 era miembro del partido y en 1953, con 23 años, participó en las reuniones de la junta gestora del mismo en el Palatinado. Un año después era vicepresidente de las juventudes en aquel *Land*. En 1959 se había convertido en el presidente de los demócratas-cristianos en Ludwigshafen y en diputado del Parlamento de Renania-Palatinado. En 1961 era elegido vicepresidente del grupo parlamentario de la CDU en su región. Una brillante carrera política en la que destacaría por ser «siempre el más joven, incluso cuando accedió a la Cancillería de la R.F.A. en 1982» (pág. 76).

Pero esta apretada cronología, que muestra una ascendente marcha hacia el poder tanto dentro de su partido como en el aparato estatal, es sólo el reflejo último de una ardua y continuada lucha por imponer sus propios en numerosas ocasiones novedosos criterios dentro de una estructura de la organización política a la que siempre perteneció y que adolecía de vientos de renovación.

Maser, a través de una documentación basada exclusivamente en la prensa y